

miento, dió calor y aliento á algunas de estas Capillas de tanto crédito y obsequio para su Madre, alentando á las personas que las han fabricado, el señor Doctor Don Isidro de Sariñana, sucesor suyo en la Canongia, después Ilmo. Obispo de Oaxaca, en donde hoy está con los créditos que merecen sus prendas relevantes. Trabajó lo que no es decible en su erección, y aunque se hicieron las que he dicho, aún están por acabar algunas y por empezar otras.

El Ilmo. y Exmo. Sr. D. Francisco Payo de Rivera, Arzobispo Virrey de México [de cuyo celo en ambos gobiernos y desvelo en el bien público se pudiera escribir mucho, aunque todo fuera poco para sus grandes merecimientos) tengo por cierto, que si no fué el autor único, fué quien con singular afecto influyó en el asunto y obras de estas Capillas con su poderoso concurso. Acabó el oficio de Virrey y renunció la dignidad de Arzobispo, é hizo falta de todas maneras á la prosecución de dichas Capillas. Fué como el fundamento de ellas, el aderezo de la antigua calzada que llaman de Guadalupe, que el tiempo había reducido al estado que otras cosas antiguas, á la cual, la vigilancia de este Príncipe de la Iglesia, restituyó el ser y la forma que había perdido, renovándola, ó la que es más cierto, haciéndola de nuevo, tan fuerte, tan acomodada y capaz, que puede dar lugar á quince Capillas de bastante espacio, sin estorbar el paso á los coches que por ella pasan para el Santuario y para otras partes de fuera de México. Hasta esta provechosa temporalidad le acarreó á México la santa devoción que se pretendía de los quince Oratorios, los cuales sirvieran no ménos de aliento y fervor á la devoción, que de comodidad y descanso al viaje de Nuestra Señora de Guadalupe, en las paradas que en ellos se harían. Discurriera más largamente la pluma en obra tan grata á Dios y á los hombres, si como se empezó con aplauso, se hubiera proseguido y acabado con empeño. Vendrá tiempo en que su perfección dé asunto y materia á algún escrito.

Este es el estado que hasta el año presente en que se escribe esta historia tiene la Santa Casa y dichoso sitio de Nuestra Señora de Guadalupe, donde es, (son formales palabras de aquella elocuente Relación que se imprimió en la Puebla de los Angeles, de que hablaré después) todo el recreo espiritual de México, las visitas, novenas, romerías, asistencias, concursos, devociones, lágrimas, suspiros, rogativas, confesiones, comuniones, jubileos, misas, procesiones, salves, músicas, promesas, votos, limosnas, memorias y prendas de los fieles; milagros y favores de la Santísima Virgen, como en un pedazo de Cielo y como en lugar escogido de esta Señora para asilo de nuestros trabajos, y para trono y solio de sus misericordias y beneficios.

## CAPITULO X.

*En que se propone, que la Imágen misma es el principal argumento que persuade la verdad de esta Historia.*

La conservación, dicen los filósofos, no se distingue de la propia acción, que llaman producción; con que si la conservación es milagrosa, será milagrosa la producción. Todo cuanto se ve y admira en la Santa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, ó es milagro, ó cosa que al juicio humano lo parece. Su peregrina belleza, tan constante y permanente después de ciento y cincuenta y seis años [1] en sitio tan achacoso para pinturas, sus visos tiene de incorrupción; los milagros que ha obrado y los efectos milagrosos que cada día obra en los que la visitan, invocan y adoran, crédito es de la fé piadosa que tienen de su prodigioso origen. Digamos algo de su hermosura.

Es tan superior la de su rostro y talle, acompañada de tan extremada modestia y compostura, que arrebatada los ojos, embelesa los entendimientos y se roba los corazones, tan insensiblemente, que lo mismo es poner en Ella la vista, que quedar presa en su afecto la voluntad. Sólo quien la ha visto, y experimentado este su poderoso atractivo [que creo son todos los que entran con reverencia en su Templo] puede hacer entero concepto de esta verdad. No pocas veces he prorrumpido al mirar y admirar esta Soberana belleza, en las palabras que de la hermosura de su original, dijo San Agustín, añadiendo una: *Si forman Dei Matris te apellem, digna existis.* Si digo de tu belleza ¡oh Imágen bendita! que así es la hermosura de la Madre de Dios, de que eres fiel copia, no será fuera de lo que mereces: *Digna existis.*

Muchos Santuarios de Imágenes de esta Señora, así de pincel como de talla, y todas en la estimación asentada milagrosas, he visitado por mi devoción en lo que he peregrinado de casi toda la Europa. En ellas he experimentado aquella piadosa y sensible afección que en los fieles, aunque sean los más distraídos, excita la piedad y amorosa reverencia de la Madre de Dios, representada visiblemente en sus Imágenes, y con más poderosa emoción en las que tienen crédito y aplausos de milagrosas; pero aquella vehemente inmutación de sentidos y potencias en todo el hombre exterior é interior que se siente entrando en la Santa Casa de la Madona de

(1) Hoy, trecientos sesenta y cuatro años. Por el solo lapso del tiempo, ha aumentado y robustecidose la fuerza probatoria de este argumento del autor.—E. E.

Loreto, causada del respeto y reverencia que despiden de sí las mismas paredes de aquella Santa Cámara en que nació la Virgen, y que habitó y pisó tantos años, y dejó santificada con su Soberana presencia, la de su hijo Jesucristo y de su Santísimo Esposo José, confieso que en ningún otro Santuario la he sentido, (bien que con desigual proporción) como en el de Nuestra Señora de Guadalupe de México, el cual afecto, aunque por la ingenuidad, desinterés nacional que siempre he procurado, y por no agraviar, (permítaseme la voz] á tan ilustres y acreditados Santuarios de esta Señora, siempre he atribuido á aquella natural afición que tan poderosamente nos inclina más, sin sentirlo, y nos mueve con vehemencia en todas las cosas que son de la patria que en las de otras tierras de igual ó de más bondad; con todo, viendo que lo experimentan casi todas las personas que entran en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de México, de diversos reinos, me inclino á creer muy de veras, que es una de las pruebas que persuaden que aquesta Santa Imágen se formó de milagro, y que aqñeste lugar y paraje en que está el Templo, espira el olor de la santidad que le comunicó la corporal presencia de la Reina de los Angeles, y que el contacto real de sus divinas plantas, que hicieron arder sin que se consumieran, los zarzales y abrojos de su cumbre, tierra maldita antes, con las abominaciones del gentilismo, la convirtió, aparecida á Juan Diego, en tierra santa: *Locus in quo stas terra sancta est.*

## § I.

Quiero pintar, para los que no la han visto, las facciones, talle y garbo peregrino de aquesta Imágen, que para los que tienen la dicha de recrear y beatificar (permítaseme el vocablo) sus ojos y vista con tan soberano objeto, será borron cualquiera otra pintura. Para no errar la que he de hacer, fiándola del tosco pincel de mi pluma, pondré la que saco con todos los cabales del arte, del dibujo que hizo el Lic. Miguel Sánchez, en su erudito libro de aquesta Santa Imágen. El elocuente autor de la narración que se imprimió en la Puebla de los Angeles, dice así:

El lienzo en que de flores apareció pintada la Santa Imágen, es de un tejido muy tosco, en el cual, la tela y trama son muchos hilos juntos, mal torcidos, de *ixtle*, que sacan y benefician los indios del maguey, planta muy útil en estas tierras y famosa ya en las extrañas; (otros dicen que de un género de palmas de que se labraban antiguamente, y hoy se labran, unas mantas llamadas en el idioma de México *zotilmatti*) el nombre de este lienzo es *ayatl*, vulgarmente *ayate*; de esto se visten los indios más pobres, y es

mucho más basto que el cañamazo de Europa. Está compuesto de dos piernas, ó lienzos, cosidos á lo largo con hilo de algodón; y llegando la costura á encontrar con el rostro de la Imágen, que por estar en medio de la manta, le había de coger por medio, se tuerce á la parte siniestra, con que viene á quedar en espacio que no le puede afeár la costura. Toda la manta tiene de largo más de dos varas, y de ancho más de una. La estatura de la Santa Imágen, es de seis palmos y un jeme; el cabello es muy negro, y partido del medio de la frente, serena y proporcionada; el rostro lleno y honesto; las cejas muy delgadas, los ojos bajos, la nariz aguileña, la boca breve, el color trigueño nevado, el movimiento humilde y amoroso; las manos puestas y unidas, levantadas hácia el rostro y arimadas al pecho sobre la cintura, en que tiene un cinto morado, pareciendo, sueltos, debajo de las manos, los dos cabos de su atadura; descubre solamente la punta del pié derecho, con el calzado pardo muy claro; la túnica que le viste, desde el cuello á los piés, es de color rosado muy claro, y las sombras de carmín obscuro, y está labrada de labores de oro; tiene por broche al cuello, un óvalo pequeño de oro, y dentro de él un círculo negro con una cruz en medio. Las mangas de la túnica son redondas y sueltas, y descubren por aforro, un género de felpa algo parda obscura; muestra también una túnica interior blanca y con pequeñas puntas que se descubre en las muñecas; el manto es de color azul celeste, que cubre la cabeza y descubre todo el rostro y parte del cuello; vá tendiéndose airoso hasta los piés, hace pliegues en algunas partes, recógese mucho sobre el brazo izquierdo, entre el brazo y el cuerpo; está todo perfilado con una cinta de oro algo ancha, que sirve de guarnición; está sembrado todo el campo que se descubre, de cuarenta y seis estrellas de oro, salpicadas con proporción; tiene la cabeza devotamente inclinada á la mano derecha, con una corona real que asienta sobre el manto, con puntas de oro. Á los piés tiene una media luna con las puntas hácia lo alto, y en su medio recibe el cuerpo de la Imágen, la cual está toda como en nicho, en medio de un sol que forma por lo léjos resplandores de color amarillo y naranjado, y por lo cerca, como que nacen de las espaldas de la Imágen muchos rayos de oro, en número de ciento, con tanta igualdad, que caben á cada lado de la Imágen cincuenta, y doce rodean la cabeza. Lo restante del lienzo, así en longitud como en latitud, está pintado como en celajes de nubes algo claras, que la rodean toda y la forman nicho. Toda esta pintura está fundada sobre un ángel que sirve de planta á fábrica tan divina; descúbrese de la cintura para arriba, y el resto se oculta entre nubes; tiene túnica colorada con un botón de oro que le abrocha, y muestra en el cuello, junto al rostro, túnica interior blanca; tiene las alas tendidas y diversos colores; los brazos abiertos; con la mano derecha coge la punta del manto, y con la mano izquierda la de la túnica, que por ambos lados caen por encima de la luna; el rostro del ángel es de niño hermoso, la acción es viva, y como de quien carga con gusto y veneración la Santa Imágen.

## § II.

Lo más que hay que admirar en esta bendita Imágen, y que prueba con evidencia que no la pintaron manos humanas, es estar en una manta tosca; los hilos raros y desiguales, sin imprimación

ninguna, y el género de pintura al temple, y no al oleo, tantos años há, que cuando escribo esto pasan de ciento y cincuenta y seis, en un lugar de tan mal trato para las pinturas, que aún las que se disponen y pintan con todos los aparejos y prevenciones del arte, para durar, á pocos años se comen, se les saltan ó se les despintan en gran parte los colores; y esta Santa Imágen se ha conservado y perseverado tan bella, tan lustrosa y tan sin agravio del salitre de la laguna, (á cuya orilla está su Templo) que es el que se come y desmorona hasta las piedras de cantería, que prueba muy bien que este privilegio milagroso lo tiene por ser Imágen de la CONCEPCION DE MARIA, pues en el riesgo común en que las demás incurren, esta sola se ha preservado sin incurrirlo, derivándose hasta á su Santa Imágen, la singular excepción de su purísimo original.

Una cosa me refirió el Sr. Dr. D. Francisco de Siles, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de México, la cual he querido poner aquí, por ser de autor á quien debió mucho lustre y crédito el Venerable Santuario de Guadalupe, y que investigó con suma diligencia muchas noticias para apoyo del milagroso origen de la Santa Imágen; y por lo que á mi ver, conduce á restablecer la providencia sobrenatural con que se conserva hasta hoy. Y fué, que á los principios del apareamiento de la bendita Imágen, pareció á la piedad de los que cuidaban de su culto y lucimientos, que sería bien adornarla de querubines, que al rededor de los rayos del sol le hiciesen compañía, y representasen el reverente obsequio que los soberanos espíritus hacen á su Reina en el Cielo. Así se ejecutó; pero en breve tiempo se desfiguró de suerte todo lo sobrepuesto al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba á vista de la permanente belleza y viveza de los colores de la Santa Efigie, se vieron al fin obligados á borrarlos. Afirmóme se lo había oído decir, entre otros, á Don Juan de Casaus Cervantes, caballero de la Orden de Santiago, y Contador mayor del Tribunal de Cuentas de México, hombre de toda autoridad y crédito, y que lo refería de su padre D. Juan de Casaus Cervantes el viejo, también del hábito de Santiago, y uno de los caballeros más autorizados, de prendas cristianas y políticas que ha dado México, y que por su mucha antigüedad, pudo alcanzar los tiempos más vecinos á la Aparición de la Santa Imágen; y esta es la causa de que en algunas partes del rededor de la Santa Imágen, parece que están saltados los colores.

Parece este caso, al que sucedió en la Cámara Santa de Nuestra Señora de Loreto, cuando los piadosos moradores de Recanate, así por fortalecer y asegurar en su duración la Casa solariega de la Santísima Virgen, que la consideraban antigua, que estaba sin nin-

gunos cimientos, como por darle algún exterior adorno, le fabricaron en contorno una casa fundada de ladrillo, que la tuviese y que la adornase. Mas no lo consintió mucho tiempo el sagrado edificio, el cual, apartándola de sí buen espacio, dió á entender con este milagroso despegó, que á las obras de Dios hace agravio quien las toca para añadirles ó para mudarles alguna cosa, aunque sea con fin de más adorno ó de más fortaleza, y que su conservación corre á cuenta de la mano poderosa de Dios, que les dió el ser, y no á la de los hombres, ni á su limitada providencia é industria.

### § III.

Después de escrita esta pintura, ó descripción historial de la Santa Imágen, vino á mis manos un libro de un erudito y piadoso Jesuita de esta Provincia, cuyo nombre y cuya obra, están ya para darse á moldes, y será á mi ver con mucho crédito suyo y de la Compañía. En él encontré una descripción panegírica de esta milagrosa y bendita Imágen, la cual me agradó tanto, que me pareció ponerla aquí á la letra, y juzgo la leerán con gusto los devotos mexicanos, y me agradecerán en leyéndola, el habérsela anticipado en esta Relación, por la piedad con que habla de la Santa Imágen y de su Santuario, y por la estimación con que escribe de México y de este Reino, [con no ser originario de él] en toda ella. Son su asunto, las excelencias del glorioso arcángel San Gabriel, Custodio y compañero inseparable de la Soberana Reina de los Angeles, MARIA, Señora Nuestra, empeño heroico de su extremada devoción á este Soberano Príncipe de la Corte del Cielo, que ha de dar mucho á conocer sus elevadas prerrogativas en obsequio de la Señora que tanto debió á su inseparable asistencia y buena compañía, y con ocasión de probar, que por lo mucho que se ha esmerado la Madre de Dios en patrocinar á este dichoso Reino, es San Gabriel tutelar de sus provincias, muy en particular de México. Trae la Aparición milagrosa de su Imágen de Guadalupe, en el siguiente elogio, que no puedo excusar de trasladarlo aquí, por el realce que ha de sobreponer á esta Historia.

Es (dice en la Misión II) el emporio del Occidente la gran Ciudad de México, Corte de muchos Reinos, Metrópoli de dilatadas Provincias, Cabeza de grandes y numerosas Ciudades, superior á todas. A sólo Madrid, (en la Monarquía Española) inclina los altos chapiteles de su grandeza, no por mayor, sino porque su lealtad la considera trono de su Monarca y Señor. Su plaza es sin segunda en lo vistoso, rico y abundante de mercaderías de todo el orbe; de mantenimientos muchos y baratos todos; de flores y frutas